

### DON FELIPE RUIZ MARTÍN (1915-2004)

Nunca abandonó su seriedad bondadosa. Pero cuando se rendía ante un interlocutor en quien advertía rigor académico y dignidad intelectual, se transformaba en un singular cariño que gustaba de dosificar, como quien conoce —y nadie como él entre los historiadores— la distancia entre lo que significa valor y lo que se finge apreciado. Lento —señor— en el hablar, su voz poco insurgente y de arañazos graves parecía indagar la exactitud y el giro que exiliase al verbo común y a la vulgaridad que detestaba. Su elitismo (intelectual) reivindicaba una biografía de autoexigencias que le había guiado desde una sencilla localidad vallisoletana —Palacios de Campos, donde nació en 1915 hijo de la burguesía agraria—, y desde 1941 como Catedrático de Instituto de Enseñanza Media en Palencia, al mismo centro del mundo: el París de la VI Sección de la *École Pratique des Hautes Études*, donde en 1953 un monarca llamado Ferdinand Braudel le nombró *attaché* para contar con su colaboración en la tarea de recrear el universo historiográfico de medio continente gracias al brillo innegable de la corriente de *Annales*.

Fue en las tertulias palentinas, entre boticarios y curas, donde un *santo laico* (don Felipe *dixit*), en realidad Marcel Bataillon, le habló de aquel profesor entregado al Mediterráneo del siglo XVI con quien le pondría en relación. El impacto de su encuentro con Braudel se calibra fácilmente al comparar la tesis doctoral con la que Ruiz Martín se adentró en la historiografía —una pesquisa al uso sobre las relaciones entre la monarquía de Carlos V y la confederación polaco-lituana—, y lo que llegó después. Supone, también, una metáfora de lo que la universidad de entonces podía dar de sí. El mismo simbolizó la transición despaciosa que conoció la sociedad conservadora de aquella época hasta desaguar, muchos años después, en un pacto de reconocimiento tácito en favor del liberalismo. Fue todo y, sin embargo, fue mucho.

Refractario a cualquier empresa amable, inició en París un exitoso proceso de adaptación a la historia económica y social que Braudel propugnaba. Asiduo a los seminarios y al hogar de su amigo y maestro, don Felipe escogió libremente el tema de investigación que más le atraía: la fortuna financiera de Castilla en los años del cenit imperial, bajo Felipe II y Felipe III. Esta elección, concebida como un gesto de continuidad respecto de la magna obra de Ramón

Carande sobre los banqueros de Carlos V, le transportó —por fuerza y con placer— hasta Génova, en cuyo *Archivio di Stato* comenzó a reconstruir las redes y los intereses de los clanes involucrados en los circuitos del préstamo internacional que terminarían vinculando a la soberbia capital de la Liguria con todas y cada una de las aldeas de la corona de Castilla. Nunca negó don Felipe un cierto amor castellanista en su trabajo, mas no por ello olvidó recoger en él la responsabilidad de las élites castellanicas en la marea del declive. Tampoco se avino a estrechar los horizontes de Castilla si con ello lograba satisfacer a los acreedores de una tradición plañidera y anti-imperial: sus estudios de los alumbres, sobre demografía, el tráfico lanero, el carteo de los mercaderes, la banca nacional o referentes a los ires y venires del oro y plata indios marginaron cualquier frontera reduccionista para resaltar, en cambio, la naturaleza transnacional del dinero y las corrientes profundas de los intereses humanos, no siempre acordes con la defensa de la patria de origen. Con todo, su obra fue, en el fondo, la reivindicación de una Castilla posible convertida en un fracaso que debía cargar sobre la espalda de sus grupos dirigentes tanto como sobre la dinastía de los Austrias.

Desde su flamante condición de primer Catedrático en España de Historia Económica en 1963, que desempeñó en Bilbao hasta su traslado a la Universidad Autónoma de Madrid en 1972, Ruiz Martín dirigió y aconsejó a quienes formarían un grupo de investigadores extraordinarios, unidos por su calidad científica y dedicación al ámbito económico. Por lo que respecta a la Historia Moderna, bastaría destacar a don Ángel García Sanz. Y de este modo, cuando ingresó en la Real Academia de la Historia, su ciclo estaba prácticamente concluido. Era, entre nosotros, un verdadero príncipe, el único español —junto a don Valentín Vázquez de Prada— que había permanecido con Braudel, innovado en métodos y temas, renovado la historiografía, desafiado —con éxito— la rigidez institucional universitaria (obligando a crear una cátedra de signo hasta la fecha inexistente y, además, promoviendo otras en el mismo campo). Se trató, no obstante, de un cambio mediante evolución, no por revolución. Su carrera de fondo consistió en aunar precisión y lentitud, un auténtico lujo que implicó riesgos como el de no publicar nunca su célebre estudio *El Siglo de los Genoveses, 1527-1627*, expresión tomada en préstamo que luego ha hecho fortuna. Él mismo gustaba de bromear ofreciendo pretextos diversos por los que no se decidía a imprimirlo —el último que recuerdo, expresado en términos bien jocosos, era que, a decir verdad, no sabía ni cuándo había empezado aquel siglo ni, menos aún, cuando había terminado. Poco importa. Habría sido inhumano exigir más a quien, como él, tuvo que afrontar la prueba insuperable de perder en vida a dos de sus hijos. Don Felipe se ha marchado para recordarnos que apresurarse por un libro es olvidar que poseemos corazón.

RAFAEL VALLADARES

Secretario de *Hispania*